

La Extremadura que conoció Iliá Ehrenburg

Iliá Ehrenburg (1891-1967), el gran escritor ruso, es autor de varias obras sobre España. El conocimiento que de nuestro país llegó a tener, pudo estar mediatizado por la perspectiva tan particular en que Ehrenburg se situaba, pero no cabe duda de que era profundo. Hoy queremos resaltar la visión que tenía sobre Extremadura. Para ello, vamos a recurrir a los múltiples testimonios que nos dejó en su famoso libro «España, república de trabajadores». Publicado por la Editorial Cenit el año 1932, ha sido reeditado en 1976 por el Grupo E. Grijalbo, según la excelente traducción de N. Lebedef.

Conviene advertir que se trata de una obra compuesta con gran apasionamiento, por lo que a veces —como el mismo Ehrenburg reconoce en el prólogo— puede resultar injusto. Como todo libro «militante», comporta el riesgo de que su «parti pris» radical desenfoque la retina del escritor. O que la empequeñezca excesivamente, lo que viene a ser lo mismo. Ehrenburg, consciente del peligro, se esfuerza por obviarlo. Los lectores de este sencillo artículo dirán si lo consiguió en lo que atañe a Extremadura.

Citaremos según la edición de Grijalbo (Barcelona, 1976), entresacando los párrafos de esta composición dedicados a Extremadura.

Capítulo I. («¡Arre, burro!»).—El escritor nos ofrece una panorámica general del país, una suerte de esbozo que irá detallando posteriormente con pinceladas agudas. El estilo periodístico de quien sería notable corresponsal durante la guerra civil española queda ya patente. En este primer capítulo, las Hurdes (a las que dedicará el capítulo IX completo) atraen su atención:

«En los valles de las Hurdes, la tierra no produce nada. Es

una región maldita. Estuvo totalmente aislada del resto de España durante siglos. Recientemente construyen por allí una carretera. Los hurdanos ya pueden escaparse de la tierra maldita. Pero no, no se marchan. ¡Cómo se pega a su tierra el hombre de España! ¡Qué difícil es de descorchar!» (pág. 11).

Capítulo II. («El rascacielo y sus alrededores»). —Según Ehrenburg, la contradicción más sangrante impera en todos los aspectos de la realidad española. Como siempre, se propone demostrarlo a base de ejemplos sacados del natural. Así, en contrapunto doloroso con ostentaciones del lujo y derroche, el autor constata que

«en las aldeas de Castilla y de Extremadura, los niños andan descalzos con el frío y con la lluvia» (pág. 15).

En la página siguiente, se hace eco de uno de nuestros problemas más sentidos, ¡y todavía real, cincuenta años después!:

«Badajoz y Cáceres, las dos capitales de Extremadura, separadas por una distancia de 100 kilómetros. Un tren diario, ocho horas de viaje» (pág. 16).

Por último, Ehrenburg ofrece un nuevo contraste, que consideramos superado hoy (¿o no?):

«En Badajoz, cuando entra en el casino una señora, todos los venerables parroquianos se levantan. Es un pueblo de caballeros. De vez en cuando, en Badajoz, como en otras ciudades de España, los 'caballeros' pegan a sus esposas. La galantería y las palizas son homenajes tradicionales del 'caballero'» (pág. 18).

Capítulo V. («Cambio de nombres»). —Para Ehrenburg, cuya pluma viene rezumando sarcasmo desde el mismo título de la obra, la República ha hecho algunos cambios, insustanciales, pero sigue permitiendo antiguas prácticas:

«En diciembre del año pasado, un policía asesinó en Valencia, en medio de la calle, al jefe de los sindicalistas. En el hospital, en vez de exhibir su carnet de policía, exhibió el revólver. La indignación que esto produjo en la ciudad fue tan grande, que no hubo más remedio que trasladar al bravo policía. Le dieron una recompensa, y desapareció. Ahora, es el principal factótum de la policía en C... Un candoroso periodista se indignó al verlo y escribió al comisario de la policía republicana. El comisario leyó la carta. El policía sigue prestando sus servicios a la República. Si el periodista se empeñase en provocar un escándalo, trasladarían —desde luego, con ventaja— al policía a Cáceres o a Gijón» (págs. 40-41).

Todavía otra contradicción, en el mismo capítulo, con marco extremeño:

«El Ayuntamiento de Cáceres es socialista. En Cáceres se editan tres periódicos y los tres son derechistas. En provincias, los periódicos vienen a clasificarse, sobre poco más o menos, en esta forma: descaradamente monárquicos por debajo cuerda, católicosjesuitas y simplemente católicos. Estos últimos forman el ala de extrema izquierda de la prensa republicana» (pág. 42).

Capítulo VII («Los milagros»).—Ehrenburg se muestra enemigo encarnizado de los clérigos españoles, contra los que no ahorra ataques. Si el maniqueísmo del escritor ruso es siempre chocante, aquí resulta demoledor:

«Cerca de la Alberca —escribe— hay un cura que tiene un verdadero harén. Rubicundo y rozagante, el cura trabaja día y noche. Un rato la criada, otro rato la misa, otro rato la huerta, y entre eso, cobrar las misas y leer la epístola de San Pablo se pasa la vida. Cuando a la muchacha le ocurre algún percance desagradable, la llevan corriendo a Béjar o a Plasencia» (pág. 56).

El duro análisis —injusto, como él mismo está dispuesto a reconocer, por sus generalizaciones— no se queda aquí. Añade en líneas posteriores:

«En Vizcaya y en Navarra, los católicos hacen propaganda abiertamente para luchar contra la República atea. En Andalucía y Extremadura se ocultan, entre las lamentaciones, preces y cuchicheos femeniles. En la oscuridad de los confesionarios no se murmura sólo sobre los mandatos del apóstol San Pedro y la santidad del ayuno, sino también sobre las intrigas satánicas de los ateos y revolucionarios» (pás. 60).

Capítulo IX («Las Hurdes») —Según adelantamos, Ehrenburg dedica todo un capítulo o esta comarca, Las Hurdes, auténtico infierno, en expresión del ruso. Mucha tinta, demagógica a veces, se ha hecho correr sobre aquella tierra. Veamos cómo la describe el futuro «Premio Stalin»:

«Las Hurdes son España. Las Hurdes comprenden dieciocho aldeas de Cáceres, limítrofes con la provincia de Salamanca. Hace unos años, eran muy pocos los que sabían que existían Las Hurdes. Ninguna carretera transitable unía Las Hurdes con el resto de España. Los exploradores que se aventuraban a ir por allí, lo ha-

parte. Como antes, el lugar más habitable de Las Hurdes es el cementerio» (págs. 66-67).

Capítulo X («¿Qué es la dignidad?»).—Según Ehrenburg, los pobres en España rebosan dignidad, tanto que enseñaron al burgués a respetar sus andrajos. La delicadeza psicológica de los campesinos y obreros españoles le maravillaba:

«En las aldeas de Extremadura, el jornalero da la mitad de su pan al compañero sin trabajo. Y esto se hace callando, sin que nadie se entere. En Madrid los señoritos se preguntan asombrados: «¿Cómo no se han muerto ya de hambre los sin trabajo?». Para sacar a un burgués de Berlín cinco marcos para la sopa de los pobres hay que mentarle la Biblia y a Brúnning, hay que halagarle (...) Lo extraño es que un tipo de esta clase y un campesino de la aldea de Olivenza que mantiene a la familia de un compañero sin trabajo, ocultando su sacrificio incluso a los vecinos, puedan designarse con la misma palabra arcaica: 'hombre'» (pág. 71).

Poco después, Ehrenburg se admira ante la austeridad y resistencia de nuestros paisanos:

«Es inexplicable cómo puede trabajar un jornalero de Extremadura sin más alimento que el que los médicos prescriben a los gordos ricos como 'régimen de hambre', pero prohibiéndoles todo movimiento y todo esfuerzo» (pág. 72).

Y termina doliéndose de que también en nuestra tierra los enfrentamientos entre obreros y fuerzas del orden acaben a veces de forma trágica.

Capítulo XI («Extremadura»).—Con placer transcribiríamos todo este capítulo. Lo haremos sólo con sus párrafos más relevantes, luego de invitar al lector de estas líneas para que lo sea de todo aquel libro. Ehrenburg nos considera la tierra más pobre de España. Pero oigámoslo de su pluma sarcástica:

«Realmente, es una región 'extrema' y 'dura', abandonada. Hasta allí no llegan todavía ni las caravanas de los turistas, ni los agitadores de la Confederación Nacional del Trabajo. Allí siguen creyendo todavía que los rusos llevan barbas de boyardos y que los socialistas son verdaderos revolucionarios. «Extremadura»... ¡Está tan lejos del mundo! ¡Nombre triste, país triste!» (pág. 75).

Nos hace después un retrato magnífico de Cáceres, con su hiriente claroscuro de magnificencias y escasez, sus terratenientes absentistas y sus campesinos en paro, que culmina así:

«La ciudad es, sin duda alguna, una ciudad fastuosa. Encierra joyas artísticas como la catedral, algunas casas del Renacimiento, las antiguas fortificaciones. Pero, ¿vale la pena hablar del resto? ¿Aunque sea del agua? mañana y tarde, mujeres, muchachas, niñas, tienen que bajar a buscar el agua con cántaros. La ciudad está en un alto, el agua abajo. Las mujeres llevan el cántaro en la cabeza. Es muy pintoresco, y muy pesado. Huelga decir que la esposa del señor Torres no anda con el cántaro encima de la cabeza. Tiene sus criadas. El señor Torres está convencido de que la cabeza de su criada no tiene otro objeto que servir de peana al cántaro. El agua de Cáceres no sólo está muy lejos, sino que además es de pésima calidad. En Cáceres, el tifus es crónico. Los señores beben agua mineral o se arregian con vino. En cuanto al 'pueblo'... Pocos son los que se mueren de malaria en España. El tifus no es peor. Además, en Extremadura hay demasiada gente. En el mismo Cáceres hay treinta y cinco mil habitantes, y miles de ellos sin trabajo. Estos ya no mueren de tifus ni de malaria, sino sencillamente de hambre» (págs. 76-77).

De Cáceres, Ehrenburg nos conduce hasta Badajoz, luego de un viaje larguísimo. Tampoco nos vamos a encontrar con un cuadro festivo:

«Badajoz es aquel rincón perdido de Gogol, de donde 'aunque golpees tres años seguidos, no llegarás a ningún Estado'». (página 78). Crítica duramente a los periódicos pacenses, que sólo se ocupan de frivolidades. Su ironía se ceba en los políticos, sin exceptuar a los de izquierda:

«El diputado por Badajoz es una persona culta. Desde luego, no vive en Badajoz, vive en Madrid. No obstante, podría pasar por un auténtico extremeño» (pág. 79).

Antes de terminar el capítulo, describiéndonos una huelga de los jornaleros de Olivenza, Ehrenburg nos aplana una vez más:

«Extremadura no es ni Cáceres ni Badajoz. Toda Extremadura es una aldea. Basta olvidar la significación habitual de algunas palabras. Al llegar a una aldea de Extremadura, no se puede adivinar de ninguna manera que es una 'aldea'. Olivenza tiene doce mil habitantes. Don Benito llega a los cuarenta mil. En estas aldeas hay de todo, hasta un casino para los empleados y tenderos locales. Hay de todo, menos tierra. Ni vegas ni huertas. Estas aldeas

están pobladas de labriegos. La tierra pertenece a distintos marqueses y condes, que viven en Madrid o en el extranjero. Las fincas tienen el tamaño de municipios. El duque de Hornachuelos, por ejemplo, posee cincuenta y seis mil hectáreas de tierra virgen. El duque es aficionado a la caza. Los campesinos no tienen ni monturas. Han de alquilar su alojamiento, por el que pagan veinte y cuarenta pesetas al mes. Apenas alborea el día, salen de la aldea para llegar al trabajo antes de que se levante el sol. A veces, la tierra de labor está a diez kilómetros de la aldea. Con cierta fantasía, podrían organizarse de esta manera los trabajos forzados. Así está organizada en Extremadura la vida en las aldeas» (página 79).

Capítulo XVII («Un discípulo de Bakunin»).—Ehrenburg se plantea aquí otra de nuestras lacras crónicas, que la famosa República de los trabajadores tampoco parecía solucionar: el colonialismo político, económico, religioso, etc. En efecto:

«La República mandó a las provincias a sus nuevos gobernadores: periodistas, abogadillos (...) De los que venían a ser sus nuevos feudos no tenían más que recuerdo confuso desde los bancos de la escuela. Un abogado cualquiera de Asturias, después de estrechar la mano de sus amigos, tomaba el tren y se marchaba a gobernar la provincia de Extremadura» (pág. 122).

Capítulo XX («Granada»).—Nuestro paisaje no puede menos de entusiasmar a un poeta como Ehrenburg, aunque confiese en el prólogo que ya no puede contemplar un rincón hermoso sin considerar el elemento humano que lo habita. De pasada, nos deja estas exclamaciones:

«Bella es Sierra Nevada, majestuosos los peñascos de Castilla, sugestivas las colinas de Extremadura...» (pág. 135).

Capítulo XXII («Tertulias familiares»).—Como testimonios de la informalidad que rige los usos y costumbres de los españoles, nos refiere lo que le ocurrió aquí:

«En Cáceres me visitaron dos agentes de policía. Al principio, le tomé por abogados. ¡Siéntense! Pero no se sentaron. Me pidieron el pasaporte. Se lo entregué. No quisieron leerlo: era demasiado complicado. Me preguntaron si tenía el propósito de detenerme mucho tiempo en Cáceres. En vista de mi negativa, me abordaron otros dos policías. Estos resultaron ser más diligentes.

Leyeron el pasaporte, unas cuarenta páginas de cabo a rabo. Lo leyeron y se conmovieron. Queriendo decirme algo agradable, después de mucho discurrir, me comunicaron: 'Ya tuvimos el gusto de acompañar a un compatriota suyo, al señor Mayorski, un hombre que vale mucho, y ahora nos ha tocado acompañarle a usted'. Después de esto, empezaron a inquirir: '¿Cuánto cobra en Moscú uno de la cheka?'. Todo en tono familiar. En condiciones propicias, tal vez me hubiesen matado; pero, como el día se presentaba tranquilo, prefirieron conversar conmigo afablemente» (página 152).

Al menos desde nuestras circunstancias, la conclusión de Ehrenburg parece una salida de tono manifiesta.

Capítulo XXIV («Del hombre»).—El escritor está hablando del realismo de Goya, a quien clasifica como «pintor social». Argumenta así:

«Todas las llamadas 'pesadillas' de Goya andan por las calles de España en seres de carne y hueso. Son los marqueses y los mendigos, es la altivez y la miseria, son el general Sanjurjo y los campesinos aterrorizados de Extremadura» (pág. 163).

Capítulo XXV («Barcelona»).—Las últimas referencias a nuestra región las encontramos en este capítulo dedicado a Cataluña. Ehrenburg acepta que allí las condiciones de la clase trabajadora no son tan duras, aunque el capitalismo funciona por doquier con una mecánica y resultado semejantes:

«Es verdad que Cataluña no es Extremadura, pero también es verdad que aquí los campesinos viven esclavizados por los terratenientes» (pág. 169).

Esta es la Extremadura que Iliá Ehrenburg veía. ¿Se equivocó? Ojalá la Extremadura de hoy, al menos la de nuestros hijos, presente un cuadro sin los duros relieves descritos por aquel novelista.